

## Geopolítica regional en dos y tres voces

### Francisco Rodríguez

El edificio del orden global conocido está desmoronándose, mientras una nueva arquitectura está en construcción. Varias son las lecturas que corrientes de pensamiento y autores hacen del proceso. Para algunos se trata del malestar de la globalización; mientras otros son exponentes de la tesis de la reglobalización o bien, la desglobalización. Para la corriente crítica, en cambio, es la manifestación de la crisis terminal del capitalismo.

Más allá de las notables diferencias de enfoques, hay un punto de convergencia: estamos en presencia de un orden mundial atravesado por intensos conflictos y turbulencias en lo económico y financiero, militar y diplomático que recorren el globo terráqueo con sus cálculos geoestratégicos, la desconfianza de unos Estados con otros, el proteccionismo y la guerra comercial, las trabas en los procesos integracionistas y las fuertes tensiones en el seno de las organizaciones internacionales, desde la ONU a la OMC, proyectándose incluso en la naciente competencia por dominar el espacio ultraterrestre con el proyecto que promueven las principales agencias espaciales de las potencias occidentales con exclusión de China, Rusia y las potencias emergentes que han iniciado, a su vez, sus propios programas interestelares.

#### **El desorden global**

Es una escalada de conflicto que lleva a la entropía, en un campo adversarial formado por coaliciones que pugnan y compiten por mantener o bien establecer nuevos mecanismos, instituciones y principios sobre los que fundamentar la gobernanza mundial.

De un lado, se despliega la *coalición atlantista* heredera del orden de la segunda posguerra con los cambios graduales ocurridos en el tiempo, pero reafirmada la diada básica con la nueva Carta Atlántica suscrita entre el presidente estadounidense J. Biden y el primer ministro del Reino Unido B. Johnson (2021) y sustentada en el G-7 (Estados Unidos, Alemania, Canadá, Francia, Italia, Reino Unido y Japón) para cimentar el poder unipolar encabezado por Estados Unidos en articulación con la OTAN remozada como brazo militar. Este armazón afianza el eje gravitacional atlántico que viene a ser el centro de poder e influencia global

Del otro, se abre paso la *coalición euroasiática* liderada por China y Rusia, apoyadas en las nuevas potencias emergentes, una de cuyas expresiones más conocidas son los BRICS y la multipolaridad como responsabilidad compartida, desplazando en este caso el centro de gravedad mundial conocido al océano Pacífico e incorporada Asia como amplia zona de influencia o *hinterland*.

En esta era del desorden global, las apuestas están hechas en dos direcciones: restituir un orden unipolar de alianza restringida, cuya narrativa ante la comunidad internacional es la defensa de la democracia, los derechos humanos y el libre mercado; o bien, la construcción de un orden multipolar cooperativo y sólidos basamentos en el derecho internacional y los principios de soberanía, no injerencia y autodeterminación de los pueblos.

Paradójicamente, el punto de equilibrio en esta lógica de enfrentamientos geoestratégicos en Ucrania, el Ártico, el mar de China Meridional y Taiwán o Medio Oriente, que en lenguaje de la teoría de juegos se caracterizan de suma cero, tiene como un escenario posible de solución negociada el nacimiento de un sistema bipolar de coexistencia; pues el choque de trenes conduciría a la irracionalidad del escenario indeseable y catastrófico de una conflagración de dimensiones nucleares entre las

fuerzas confrontadas. La reciente destrucción de un arsenal con proyectiles de uranio empobrecido de las fuerzas armadas ucranianas en Khmelnytsky y la supuesta propagación por los vientos de una nube radioactiva en poblaciones fronterizas, el rompimiento de los acuerdos que limitan el armamento nuclear, las advertencias crecientes de recurrir eventualmente a su uso y el reinicio de la carrera armamentista en este campo son expresiones de ese borde de la línea que al menor error se cruzará desatando los demonios de una guerra devastadora que parecía ser un pasado superado, tras la disolución del conflicto Este-Oeste a mediados del siglo XX. Hoy, según la ONU, en el mundo hay 13 400 armas nucleares y según la fuente Statista, para el año 2022 Rusia contaba con 5977, Estados Unidos con 5428 y China con 350 ojivas nucleares. La tan ansiada paz y seguridad internacional está así atrapada en manos de la *realpolitik* y los cálculos de intereses invocados como vitales por unos pocos Estados, que dicen actuar en nombre de la comunidad internacional.

### **LAC en medio de la confrontación global**

En este escenario, los países latinoamericanos y caribeños no escapan de verse envueltos y ser parte con diversos grados de intensidad, en la confrontación que habrá de definir la gobernanza mundial, en las próximas dos o tres décadas. Para la reordenación del orden global, no hay cortafuegos de *patio trasero, ni delantero*, que valgan. Unos y otros son obligados a tomar en sus políticas exteriores posturas o imposturas, ya sea por razones ideológicas o conveniente pragmatismo.

Aun cuando hay meridiana claridad en el análisis del curso del conflicto, acerca de lo que está en juego y la oportunidad que representa para que la región cumpla un papel de primer orden en el diseño de la nueva arquitectura y la definición de sus reglas; lejos está de conformar un bloque común de intereses que influya en la correlación de fuerzas o inclinar el fiel de la balanza. La cumbre de presidentes de América del Sur celebrada en Brasil por invitación de Lula para dar forma a un diálogo regional y el propósito de relanzar Unasur es un ejemplo.

Vale entonces la pregunta: ¿Qué factores obstaculizan que Latinoamérica y el Caribe, más allá de las diferencias ideológicas y de regímenes políticos, articulen unas líneas mínimas de consenso regional, capaz de influir con el peso propio de la unidad regional en el curso de la confrontación y negociar como bloque, la posición que podría llegar a ocupar en la arquitectura del orden mundial en ciernes?

Varios factores se encadenan, comenzando por la **exacerbación de las diferencias ideológicas** que narrativamente distorsionan el nacionalismo, la participación democrática, la inclusión social, la democracia popular y la visión de la Patria Grande con la leyenda negra del comunismo y los *fake news* (bulos) de violación de derechos humanos y autoritarismo hasta crear una barrera formidable que rompe el diálogo regional y promueve el aislamiento de Venezuela, Nicaragua y Cuba con la metáfora de los *Ejes del Mal* que viene muy bien a los intereses estadounidenses y de la Unión Europea que secunda el discurso y justifica la imposición de medidas coercitivas unilaterales, aunque sean violaciones del derecho internacional.

El paisaje político regional, hace una década, era mayormente de gobiernos de derecha plegados a la política estratégica estadounidense de contención a la presencia creciente de China y Rusia en la región, minando toda iniciativa de política exterior que se emprendiera para articularse a la Ruta de la Seda y buscando aislar a los *regímenes indeseables y no democrático-liberales*. El objetivo de frenar la apertura regional a China fue tanto que la elección del presidente del BID, por tradición un latinoamericano desde su creación (1959), terminó en fuertes tensiones diplomáticas, zanjadas con la imposición de la candidatura del funcionario estadounidense Claver Carone (2020-2022).

Una década después asistimos a la **segunda oleada progresista en la región**, con los gobiernos de Boric en Chile, Petro en Colombia, Fernández en Argentina, Obrador en

México, Arce en Bolivia, el retorno de Lula en Brasil y Gonsalves en San Vicente y las Granadinas; que se suman a la llamada izquierda radical en Venezuela, Nicaragua y Cuba. No obstante, en conjunto la nueva oleada **es de progresismo más moderado, de tono menos reformista**, con agendas que acogen asuntos globales como el cambio climático o la transición energética, que atenúan el nacionalismo y el propósito autonomista, los cuales eran rasgos distintivos de aquella primera oleada a comienzos del siglo 21 con Chávez en Venezuela, Kirchner en Argentina, Lula da Silva en Brasil, Lugo en Paraguay, Morales en Bolivia, Correa en Ecuador y Zelaya en Honduras.

Los gobiernos progresistas de reciente formación están acechados por fuertes sectores de derecha reagrupados regionalmente, pues además de la lección aprendida de la derrota, cuentan ahora con mayor apoyo externo estadounidense y europeo, controlan amplios espacios político-institucionales desde los cuales, atrincherados, se organizan en su pretensión de retornar al gobierno, desplegando estrategias de constante presión y hasta creando condiciones de ingobernabilidad, como fueron los casos de Evo Morales en Bolivia con el golpe parlamentario encabezado por Jeanine Áñez; de Pedro Castillo, destituido por el Congreso en Perú, y la reciente nueva modalidad de autogolpe de Lasso en Ecuador, acusado de corrupción. También, recurriendo a procedimientos como el *lawfare* (persecución judicial) que inhabilitó políticamente a Lula en Brasil y abrió el camino a Bolsonaro, el de Correa en Ecuador y ahora el de Cristina Kirchner, inhabilitada de participar en las próximas elecciones en Argentina. A este propósito han servido un conjunto de propuestas formuladas en tanques pensantes (*think tanks*) o laboratorios de ideas y centros de inteligencia para implementar la guerra híbrida y formas de lucha no armada con las llamadas teoría del caos constructivo, la turbulencia o la guerra preventiva, entre otras puestas en acción atacando la pirámide de necesidades para desestabilizar políticamente y dar pie al supuesto *Estado fallido* como hace tiempo se ha intentado, particularmente en los casos de Venezuela y Bolivia.

Desde principios del siglo XXI, **Rusia y China han fortalecido las relaciones con la región definiendo crecientes asociaciones estratégicas** que abarcan relaciones comerciales en variedad de sectores económicos e inversiones en infraestructura, vialidad, energía, minería, hidrocarburos, tecnología, industria militar y cooperación cultural. En el caso chino, bajo la directriz política de socialismo puertas adentro y pragmatismo en sus relaciones exteriores; entre 2005 y 2022, China ha dado préstamos en LAC que ascienden a 136 billones de dólares, desplazando a Estados Unidos y los países de la Unión Europea en ese papel. Si bien el Cinturón y Rutas no tienen abierto un corredor regional, poco más de 25 países latinoamericanos han suscrito en ese marco convenios y tratados de intercambio que ya están operativos. Por otro lado, se refuerza el puente de relaciones estratégicas euroasiático e indopacífico con LAC, pues participa Brasil en los BRICS, que de ser un foro se ha constituido en organización internacional y al cual están solicitando ingresar Argentina, México, Nicaragua y Venezuela. A esta compleja relación se suma que Türkiye (Turquía) e Irán también aspiran ser parte de los BRICS, estrechando progresivamente lazos con la región y especialmente con Venezuela, con la que han definido una alianza de alcance estratégico.

Visto en conjunto, no hay una coalición regional extendida que potencie la unidad, pues los jugadores no coordinan una agenda común, actúan más bien en el marco de los compromisos siendo partes de alianzas menores. Unas son permanentes e ideológicas, como son Venezuela, Nicaragua y Cuba, que participan en la Ruta de la Seda y en el Foro Económico de San Petersburgo, en claro deslinde de otros programas como América Crece (2019) y Construir un Mundo Mejor (2021) propuestos por Estados Unidos.

Otras, en cambio, son episódicas y competitivas en el sentido de un propósito para tomar ventajas y aprovechar las oportunidades potenciales. Este es el caso de las negociaciones de la Alianza del Pacífico (AP) que agrupa a Chile, Colombia, México y Perú con la

ASEAN, de la cual son adherentes latinoamericanos Chile y Perú además de Argentina, Brasil y Cuba; al tiempo que otros, como Guatemala, manifiestan interés en establecer intercambios. Pero a la vez, todos participan de la Ruta de la Seda que mantiene una competencia latente con la ASEAN.

Por otra lado, también son partes del programa América Crece (2019) propuesto por Estados Unidos para la región para contrarrestar a China, los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Chile, Guyana, Colombia, Jamaica, Surinam, Uruguay y los países del Triángulo Norte (Guatemala, El Salvador y Honduras); el cual ha sido sustituido por la iniciativa Volver a Construir un Mundo Mejor (B3W) en 2021 propuesto por J. Biden y con la palanca de apoyo del G-7 que busca movilizar inversiones públicas y privadas por 400 000 millones de dólares en países en desarrollo.

Hay casos como Colombia, Brasil, Argentina o Costa Rica, que mantienen relaciones estrechas con la Unión Europea a través de la OCDE que establece lineamientos particulares de política fiscal y económica para ser parte del organismo y gozar de las ventajas de acceso al mercado europeo. Particularmente la contradicción aflora en las condiciones y compromisos asumidos por varios países; como Colombia, que es aliado estratégico no miembro de la OTAN, al tiempo que Brasil y Argentina tienen el estatus de aliados principales extra-OTAN y El Salvador participa en programas de entrenamiento.

Pero, ¿qué puede aportar LAC como actor estratégico a la estabilidad de la gobernanza mundial en ciernes? Por la posición geoestratégica, una cara declara su vocación de Pacífico; en tanto la otra se proyecta al Atlántico. Así, siendo geográficamente bifrontal, se constituye en un espacio bisagra que articula el Atlántico y el Pacífico con gran factibilidad de conectividad por infraestructura fluvial en grandes ríos navegables como el Amazonas o los sistemas de canales interoceánicos de Panamá y el de Nicaragua (en proyecto de construcción). Asimismo posee la principal reserva mundial de hidrocarburos localizada en Venezuela y grandes yacimientos en Brasil, Argentina, Ecuador, Guyana, Surinam, México, Perú, Bolivia y Colombia. También importantes yacimientos de minerales críticos y estratégicos (hierro, carbón, oro, diamantes, coltán, litio, platino, etc.), incluidas tierras raras en Brasil, Bolivia, Chile, Argentina, Venezuela, Guyana, e importantísimos acuíferos en el Paraná y la cuenca de la Amazonía junto a reservas de agua y biodiversidad aún sin evaluar en un inventario integral.

Este potencial es un factor de enorme importancia estratégica en la balanza de poder mundial que puede inclinarse de uno u otro lado. Para unos, la región es una gran reserva estratégica que puede suministrar recursos según convenga a sus intereses como potencias democráticas y occidentales; para los otros es la posibilidad de intercambios más equilibrados y encadenamientos productivos para desarrollar relaciones más estrechas Sur-Sur.

La atomización y balcanización son un riesgo latente en LAC, a las cuales apuesta interesadamente la coalición atlántica, en su objetivo de frenar el ascenso de China, Rusia y la penetración de Türkiye e Irán, en un espacio regional evaluado como interés vital y parte integral del hemisferio occidental en la estrategia de seguridad nacional estadounidense. Evitar a toda costa que LAC se articule al eje emergente del Pacífico pasa por dinamitar el camino de la multipolaridad, autonomía, autodeterminación de los pueblos y cooperación para el desarrollo iniciado por la primera oleada progresista y plasmado en el vasto proyecto integracionista de la Celac, la Unasur y la Alba-Tcp, que da forma a la unidad mayor e inclusiva de la Patria Grande como consenso de base y apuesta regional en la construcción del orden mundial. Impedirlo es compromiso de los pueblos latinoamericanos y caribeños que tienen frente a sí la oportunidad de colocarse no a la zaga, sino al frente de la gobernanza mundial en construcción.

